VEKA DUNCAN
LA CHICA DEL ARETE DE VIDRIO

CARLOS VELÁZQUEZ
FUMAR SAPO

LUIGI AMARA
CELEBRAR LA QUESADILLA

NÚM.395 SÁBADO 01.04.23

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

OCASO DE LAS UTOPÍAS

INTERNET: ALGO ESTÁ PODRIDO EN SILICON VALLEY
NAIEF YEHYA

EVELIO VADILLO, BAJO LA BOTA DE STALIN
JOSÉ WOLDENBERG

LA SOCIEDAD DE LA DECEPCIÓN
ENTREVISTA A GILLES LIPOVETSKY

Ilustración > Jorm Sangsorn / shutterstock.com

La ruta hacia una sociedad más igualitaria y democrática parecía avanzar al final del siglo XX. El ataque a las Torres Gemelas en 2001, por el contrario, inició una etapa de restricción a la libertad, los derechos humanos, bajo el ascenso de fundamentalismos, reivindicaciones autoritarias o segregacionistas, guerras de todo signo. Nuevos controles y formas de vigilancia han erosionado la posibilidad de una convivencia racional. En ese marco, internet se desplaza a una especie de capitalismo salvaje; limita su libre acceso para abrir paso a cotos privados, servicios de paga —o, en apariencia, gratuitos— que obtienen ganancias fabulosas al tiempo que cancelan la promesa de un espacio de comunicación abierta y colectiva.

La muerte de internet

ALGO ESTÁ PODRIDO EN SILICON VALLEY

NAIEF YEHYA
@nyehya

La historia de los medios digitales de comunicación arranca con un interés científico y militar, da un giro hacia su uso abierto, por un breve periodo se vuelve un espacio de libertad y posibilidades, pero luego de algunos tropiezos se transforma en un territorio de vigilancia, consumo fragmentado y amurallado. La ilusión de un ciberespacio de información, diálogo y conocimiento para todos se ha diluido ante el dominio de una colección de tecnoemiratos mercantiles y corporaciones piratas, cultos de personalidad, linchamientos públicos, acosadores feroces y leyes caprichosas. A finales del siglo XX, un mundo digital feliz pudo ser posible, sin embargo, la corriente derivó hacia un *Un mundo feliz* huxleyano, de segregación y gratificación instantánea en línea. Comencemos por *un* principio este breve repaso de la digitalización de las conciencias.

Una utopía llamada WWW

El ingeniero británico Tim Berners Lee imaginó durante los años ochenta un sistema de comunicación basado en el concepto del *hiperlink* o hipervínculo, y en 1990 creó el algoritmo de una interfaz visual de fácil empleo que llamó World Wide Web (WWW), el cual sería un medio accesible y dinámico para utilizar / recorrer internet con un *browser* o navegador. No era difícil sucumbir al optimismo y la euforia que presentaba la posibilidad de unir al mundo en un espacio de conocimiento, información y libertad abierto a todos los usuarios. "La información quiere ser libre", era el lema ciberpunk de la era y los primeros años de la WWW estuvieron marcados por el caos y la serendipia.

Buscar algo requería de buena suerte y paciencia, lo cual no era propicio para el mundo de los negocios. La ambición de empresas como CompuServe y Prodigy se manifestó al tratar de cercar territorios digitales, a fin de ofrecer portales de paga para controlar al usuario con la promesa de facilidad de uso y seguridad. Se trataba de ofrecer un entorno para informarse, hacer compras y relacionarse con otras personas en un solo lugar. Estas arquitecturas no lograron ser suficientemente atractivas y eventualmente se disolvieron en la geografía amorfa del ciberespacio.

No obstante, esa idea fue reciclada y mejorada por las redes sociales. Servicios como Instant Messenger de America on Line (1997) fueron sentando los cimientos de lo que sería el uso cotidiano de la red: la interacción, la monetización y el fraccionamiento de este territorio salvaje. La fiebre del oro digital afectó a muchos financieros que dispusieron fortunas para patrocinar ideas descabelladas con la esperanza de plantar su bandera en internet y explotar un mercado planetario que se abría.

La frenética carrera especulativa que se desató entre 1995 y 2001 llevó a la sobrevaluación de la industria tecnológica digital y posteriormente a la estrepitosa caída de la bolsa. Esto se conoció como *la burbuja de los dotcoms*, la cual estalló poco antes de los ataques terroristas del 11 de septiembre y arrasó con alrededor del 52 por ciento de las

Foto > Isa Yehya

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter: @ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega
Director
@sanquintin_plus

Julia Santibáñez
Editora
@JSantibanez00

Facebook: @ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL
Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial › Adrian Castillo Coordinador de diseño › Carlos Mora Diseño › Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

Ilustración > Cristian Ferronato / pixabay.com

empresas en la nueva economía de las comunicaciones digitales. Fue la primera recesión de internet y mientras algunos pensaban que representaría la muerte de la colonización capitalista de ese espacio, en los hechos detonó un proceso mucho más agresivo de desarrollo e innovación que derivó en la Web2.0 y en el dominio de las redes sociales, las cuales dependían de la explotación del trabajo gratuito de producción de contenido por parte de los usuarios.

La cultura digital de la década de los noventa estaba todavía marcada por un espíritu transgresor y de ruptura, heredado de los clubes de aficionados y *hobbystas* que ensamblaban sus propias computadoras en las cocheras de sus casas. Los héroes de esta fase eran gente como Steve Jobs y Bill Gates, quienes abandonaron la universidad y no sólo crearon empresas multimillonarias, sino que definieron estilos de vida y trabajo que siguen vigentes. Surgió así una nueva cultura empresarial caracterizada por la juventud, el culto al código computacional, al atrevimiento de los innovadores y a la generosidad intrínseca que supuestamente caracterizaría a las empresas de este sector naciente.

Era una reacción contra la cultura corporativa representada por IBM y otras empresas con rígidas estructuras hegemónicas que dominaban el mercado. El nuevo orden abrió este sector tecnológico al público en general y dio lugar a exigencias laborales sin precedente. Trabajar para estas empresas se volvió un sueño compartido por muchos, pero también apareció un orden de desigualdad que se marcaba, entre otras cosas, porque algunos empleados tenían acciones de sus empresas mientras que otros sólo contaban con su sueldo. Unos cuantos eran parte de la empresa y otros eran mano de obra desechable, como se demostró en los brutales recortes de 2022 y 2023.

Zombificación de la sociedad

Así llegamos a un tiempo en el que las redes sociales gratuitas que se mantienen y son impulsadas por anuncios definen la experiencia de la mayor parte de los usuarios de la red. La conveniencia de un sistema sin costo tiene su contraparte en el hecho de que el verdadero producto que venden estas empresas es la información personal del usuario. Mediante esos datos se crea publicidad enfocada personalmente a nuestros gustos y necesidades. Así, mientras veíamos fotos de gatitos, posteábamos imágenes de nuestra cena y discutíamos con ferocidad desde la superioridad moral que nos otorgaban las *debilidades* ajenas, Facebook se volvía una empresa aún más rica que Walmart, Ford, Tesla y JP Morgan Chase.

El sueño del ciberespacio está, en el mejor de los casos, fracturado, cooptado y colonizado por grandes corporaciones que pregonan la ilusión de un territorio gratuito, de posibilidades interminables, tan sólo para capturar audiencias pasivas e imponerles nuevas formas de consumo más voraces, inmediatas y compulsivas. Durante los últimos años hemos visto multiplicarse infranqueables muros de paga y filtros que nos impiden acercarnos de manera gratuita o por lo menos razonable a la información y la cultura.

Es obvio que producir y diseminar información tiene costos. Los que vivimos de la información y la reflexión no comemos *likes*. Sin embargo, el sistema de monetización que ha surgido, lejos de crear auténticas oportunidades, es un medio de control que rara vez beneficia a los autores y creadores. Sin embargo, ha logrado convencer a estos últimos de que la única manera de competir por un público es participar en una carrera salvaje por alcanzar más *amigos* y *seguidores* en las redes sociales; tratar de seducir cibernautas con la esperanza de que se conviertan en compradores de música, libros, arte o lo que sea. En la industria editorial esta práctica se ha institucionalizado hasta el punto en que muchos editores toman sus decisiones para publicar en función del número de *seguidores* y la actividad del autor en Twitter.

Avanzamos como zombis hacia una red donde será abolida la regla más importante de este sistema de comunicación: la neutralidad. El proveedor o el comisario decidirán lo que se puede ver y la velocidad con que se transmitan los contenidos, de manera que algunos sitios sean fácilmente accesibles y otros de acceso difícil o imposible. Hoy no es un secreto para nadie que los algoritmos de las redes sociales explotan las preferencias políticas para crear cámaras de eco del fanatismo, que empujan contenidos cada vez más radicales (explotando agravios, prejuicios, envidias y nostalgia por mundos imaginarios), así como la confrontación, en vez de fomentar el diálogo, el debate y la conciliación. Este fenómeno hace eco al hecho de que, desde la década de los años 2000, en los canales *informativos* de la televisión estadunidense por cable, CNN, MSNBC, Fox News y NewsMax, cualquier intento de diálogo entre visiones opuestas ha sido sustituido por propaganda histérica.

Del *hacker* al *influencer*

Como bien señala Tiziana Terranova, "la infraestructura que hoy constituye la manifestación dominante de la conectividad digital no parece ser lo que en previas décadas se llamaba internet".[1] En su lugar tenemos una serie de servicios privados en línea, que conocemos como plataformas. Así surgió lo que ella denomina el Complejo de Plataformas Corporativas (CPC), controlado por los gigantes tecnológicos (las principales empresas de la información conocidas como el Big Tech o los cinco gigantes, valuadas en conjunto en más de 9.3 billones de dólares): Amazon, Google / Alphabet, Apple, Facebook / Meta y Microsoft.

La vieja arquitectura horizontal entre iguales que fue internet ha sido reemplazada, como señala Terranova, "por la centralidad de la computación de la nube que corresponde al cambio de los dispositivos de escritorio a los portátiles".[2] Estas empresas son antagónicas al viejo modelo de internet, ya que son comunidades cerradas y excluyentes que se dedican al extractivismo salvaje y clandestino de información ajena. Así pasamos de la era en que el *hacker* era el héroe popular a un tiempo en que el *influencer* es objeto de admiración e imitación. Una prueba más de que estas empresas son indiferentes por completo al bienestar de la sociedad es que se enriquecieron a niveles descomunales con la desgracia humana que causó globalmente la pandemia.

El desarrollo del CPC actual se caracteriza entonces por ocurrir durante un periodo de economía bélica (la Guerra contra el Terror, durante cuatro gobiernos: Bush, Obama, Trump y Biden), enmarcada por dos graves catástrofes financieras: la de los *dotcoms* y la recesión mayor precipitada

"EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HEMOS VISTO MULTIPLICARSE INFRANQUEABLES MUROS DE PAGA Y FILTROS QUE NOS IMPIDEN ACERCARNOS DE MANERA GRATUITA O POR LO MENOS RAZONABLE A LA INFORMACIÓN Y LA CULTURA".

"SEGÚN CORY DOCTOROW, LAS PLATAFORMAS EN LÍNEA 'PRIMERO SON BUENAS CON SUS USUARIOS, DESPUÉS ABUSAN DE ELLOS PARA BENEFICIAR A SUS CLIENTES COMERCIALES Y FINALMENTE ABUSAN TAMBIÉN DE SUS CLIENTES'".

por el colapso del mercado de los bienes raíces y la crisis de las hipotecas *subprime* (o de alto riesgo) en 2008. A lo largo de este tiempo hubo un crecimiento abrumador en términos de usuarios: en el año 2000 había 361 millones de cibernautas, diez años más tarde había 2 mil millones y en 2023 hay 5.16 mil millones; y lo más importante que debemos saber es que 4.76 mil millones de éstos son usuarios de redes sociales.[3]

La gran ruptura

Si bien durante tres décadas el mundo entero aceptó utilizar los protocolos de comunicación TCP / IP (creados desde la década de los setenta), que administra el grupo ICANN (Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números), situado en California, hoy debido a las tensiones políticas, en especial la invasión bélica de Rusia contra Ucrania y la polarización entre Occidente y el Kremlin, China y Rusia han revivido su propósito de deslindarse y crear sus protocolos propios, ajenos al control estadunidense y europeo. Esto les daría la oportunidad de crear una mediósfera aislada, lo cual sería un método radical de censura a la información que consideran indeseable.

Actualmente China filtra contenido con su Great Firewall (Gran cortafuegos), mientras el gobierno de Putin ha comenzado a ordenar a todos los portales estatales que se cambien a servidores locales, e incluso está creando su propio sistema de nombres de dominio. Esta decisión política resulta riesgosa, implica enormes costos y una ruptura con internet como una forma de adquirir y compartir información, así como dar la espalda a un mercado enorme. Pero es claro que es una decisión ideológica que no se debe a criterios tecnológicos. Un cisma equivalente ya existe en el mundo de la telefonía celular entre Apple y Google, que tienen servicios con fronteras, exclusiones y limitantes de interoperabilidad, en donde ambas partes quieren mantener a sus clientes cautivos. La aparición de otros protocolos de internet causará que los cibernautas queden segregados por fronteras nacionales, ideológicas, de marcas corporativas e incluso partidos políticos; así, la noción de una realidad compartida se va volviendo una utopía.

La descomposición de los gigantes

De acuerdo con el escritor y activista Cory Doctorow, las plataformas en línea pasan por el proceso que llama *enshittification* (*enmierdación*):

> Primero son buenas con sus usuarios, después abusan de ellos para beneficiar a sus clientes comerciales (los inevitables anunciantes) y finalmente abusan también de sus clientes para apoderarse del valor total de sus interacciones. Y después se mueren.[4]

Las plataformas gigantes han creado un sistema de gravedad en el ciberespacio que regula la totalidad de la mediósfera al imponernos formas de vida, interacción y consumo. Reviso tres ejemplos de su *modus operandi*.

La estrategia de Amazon consistió inicialmente en seducir a los compradores. Durante años vendía por debajo de los costos y subsidiaba los envíos. Sostenía pérdidas enormes, sin embargo, sus inversionistas financiaban sin cuestionar. Esta empresa fue creada en 1994, pero no fue sino hasta 2003 que comenzó a trabajar con números negros. Su buscador de productos era preciso y confiable. Poco a poco, aun los más escépticos a comprar en línea fueron aceptando la inevitabilidad del ahorro, la conveniencia y atracción de conseguir prácticamente cualquier cosa.

Amazon se convirtió en un poderoso *bulldozer* que arrasó con todo tipo de tiendas y comercios en el mundo real y digital; impuso una nueva economía de consumo, dictada por la inmediatez, los precios bajos y la fractura de los lazos de fidelidad a librerías, tiendas de discos y, gradualmente, a todo tipo de comercio. En esta fase, el consumidor era el principal beneficiario de un pacto mefistofélico que al eliminar a la competencia nos convirtió en adictos y dependientes de Amazon. Además, el sistema Prime resultó brillante, ya que al incluir por adelantado un pago fijo a los envíos, pocos se aventuraban siquiera a buscar en otros sitios que añadían un cargo por este concepto. Entonces la empresa de Jeff Bezos enfocó su generosidad hacia los vendedores, al ofrecerles un mercado mundial altamente operativo que pedía comisiones bajas.

Una vez convertidos en un poderoso monopolio de todo, optaron por explotar a proveedores y consumidores por igual, en beneficio exclusivo de sus accionistas. Impusieron comisiones de hasta el 45 por ciento y convirtieron a la plataforma en un auténtico coliseo, donde los vendedores deben sacrificar ganancias hasta el punto del suicidio para ser competitivos y aparecer en las primeras páginas de una búsqueda, las cuales de cualquier manera consisten casi en exclusiva de anuncios pagados y artículos de Amazon. Además, se han dedicado a plagiar y copiar todo tipo de productos para venderlos a bajo costo (obviamente, sin pagar comisiones).

Facebook, por su parte, se volvió un atractivo sitio de reunión y encuentro virtual. Grupos y comunidades de personas afines (o más o menos compatibles) proliferaron, crecieron y luego se diversificaron, hasta ser indispensables en la vida de muchos. Una vez solidificada una masa crítica de usuarios, los anuncios y promociones a la medida de cada usuario (con la información recopilada clandestinamente, sin autorización) se multiplicaron en las distintas órbitas sociales de la red.

La gente lo aceptó, como suele suceder, en gran medida porque era gratuito. Una buena parte de esta invasión de anuncios estaba constituida por medios de comunicación (periódicos, revistas, blogs y sitios diversos). Los usuarios empezaron a acostumbrarse a leer artículos y ver videos a través de vínculos que les eran impuestos / sugeridos. Así la circulación de estos medios aumentó y se volvieron dependientes de las visitas que provenían de las redes sociales. Entonces Facebook cortó esas recomendaciones y les impuso cuotas para que volvieran a tener visibilidad, en un claro sistema de soborno y casi extorsión. Además, hay que señalar que mucho de este contenido eran publicaciones radicales que eran motivo de reacciones intensas, a menudo opiniones de extrema derecha, cargadas de odio y perspectivas incendiarias.

Google se formó en 1998, con una actitud de desafío a la industria y la bolsa de valores; Serge Brin y Larry Page aseguraban que harían lo que se les diera en gana porque eran dueños de

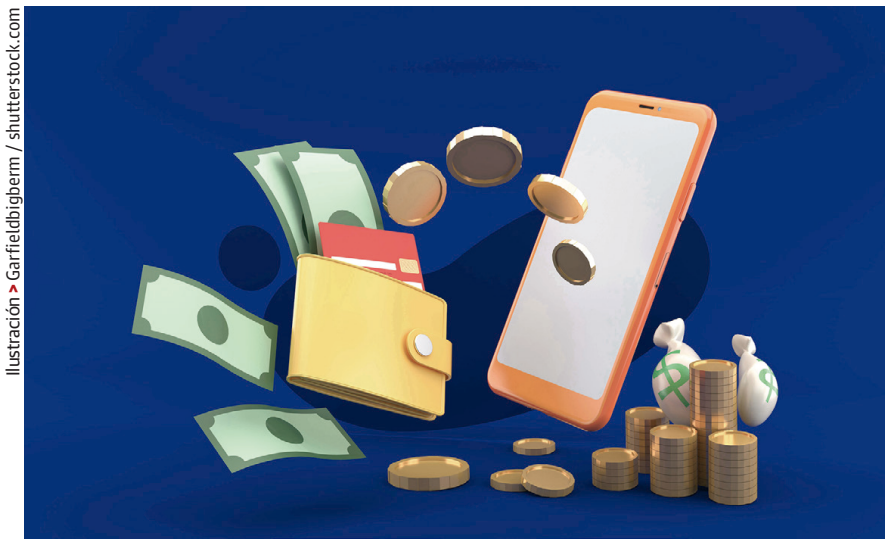


Ilustración > Garfieldbigberm / shutterstock.com

un producto prodigioso que no tenía competencia. Decidieron ofrecer beneficios astronómicos y condiciones fabulosas a sus empleados, aunque rabiaran tanto la competencia como los gurús de Wall Street, convencidos de que era una idiotez y una locura.

Su lema fue "No seas malo", y se esforzaron por respetar ese dogma hasta que fue más importante aumentar sus ingresos, por lo que discretamente lo borraron de su acta constitutiva en 2018. En un principio trataron de mantener a su buscador sin influencia de anunciantes ni intereses, pero eso también cambió con los años. En su momento denunciaron que Yahoo había colaborado como informante con el gobierno chino para encarcelar al periodista y activista, Shi Tao, pero en cuanto tuvieron la oportunidad también fueron cómplices del régimen de Beijing al censurar sitios y espiar usuarios. En 2022 se unieron a la serie de empresas de tecnología que decidieron despedir a miles de empleados; sólo ellos corrieron a 12 mil en 2022.

El gran problema de Google y Facebook es que son incapaces de competir, mientras su espíritu monopolista los hace frágiles y temerosos. Ante la menor amenaza de un competidor o de una empresa con un producto potencialmente interesante o popular, su respuesta instintiva es comprarlo en caliente. Doctorow escribe que Google sólo hizo "un producto y medio exitosos en sus 25 años de existencia (un buscador que fue genial y un clon de Hotmail bastante bueno)".[5]

Lo que sí han realizado con destreza es engrandecer las ideas de otros y volverlas operativas a gran escala. Basta considerar, por ejemplo, Google Translate, un útil traductor que emplea redes neuronales con habilidad y que adaptaron de varios antecedentes; desarrollaron Google Docs a partir de XL2Web y Writely; compraron Google Maps a los hermanos Lars y Jens Eilstrup, y Google Earth a Keyhole Corp. Pero han fracasado en prácticamente todas sus otras iniciativas, como Google Plus, Google Optimize, Google Hangouts, Google Video (que eventualmente sustituyeron al comprar YouTube) y Adsense.

De hecho, existe un cementerio de los 283 proyectos eliminados por Google: https://killedbygoogle.com/. Si *googlear* se convirtió en un verbo que significaba buscar en la red, también debería ser sinónimo de descomponer algo que funciona o de mostrar inseguridad. Doctorow señala que la autodeterminación tecnológica se contradice con los imperativos naturales de los negocios tecnológicos, que se enriquecen cuando nos arrebatan nuestra libertad de expresión, de "movimiento digital" y de conexión. En esencia, somos rehenes de las redes sociales y los servicios a los que nos hemos acostumbrado.

La llegada de los *chatbots* de inteligencia artificial ha causado pánico en los cinco gigantes: consideran que de no tomar las riendas del momento (es decir, comprar toda innovación que los amenace) sucumbirán como los dinosaurios que son. Microsoft

Ilustración > Vectory_NT / shutterstock.com

pagó diez mil millones de dólares a OpenAI para incorporar su ChatGPT en ese fracaso patético que nadie utiliza a menos de que lo obliguen: Bing. Sin una evaluación racional, Google decidió hacer lo mismo al incorporar a su buscador el *chatbot* Bard. Así apuestan a que, en vez de buenos resultados en sus búsquedas (como sucedía antes de que las pervirtieran para enriquecerse más), la gente quiere una IA que especule tratando de adivinar, falsifique información y falle al tratar de responder preguntas de las que no entiende una palabra.

Los *chatbots* son herramientas muy útiles y pueden resultar una ayuda extraordinaria en muchos campos. El problema es que no solucionarán el desastre en que se han convertido los motores de búsqueda que, cada día más inservibles, usan cualquier pretexto para promover contenidos privilegiados, tanto en YouTube y Amazon como en Pinterest. TikTok evidencia de manera notable cómo en poco tiempo un servicio muy eficiente para adivinar lo que querían ver los usuarios optó por mostrarles lo que la empresa quería que vieran.

Maldición: los términos de servicio

Shoshana Zuboff definió apropiadamente la economía de las redes como el "capitalismo de vigilancia", debido al continuo espionaje en línea, gubernamental y, en especial, corporativo. Sin embargo, es importante complementar esa definición señalando que se trata de una economía de la atención, en la que capturar miradas por el mayor tiempo posible es la manera en que las plataformas pagan a sus anunciantes. Terranova apunta que, si bien la información es prácticamente inagotable, "la atención es antes que nada un recurso escaso" y esa escasez "hace que los axiomas de la economía de mercado puedan ser aplicados a la economía de la red".[6]

"LOS *CHATBOTS* HAN CAUSADO PÁNICO EN LOS CINCO GIGANTES: CONSIDERAN QUE DE NO COMPRAR TODA INNOVACIÓN QUE LOS AMENACE SUCUMBIRÁN COMO LOS DINOSAURIOS QUE SON".

En abril de 2021, Apple se vio obligada a lanzar un sistema que específicamente pregunta al usuario si quiere permitir que su información sea rastreada. Esto significó un cambio monumental en una industria que depende de ofrecer servicios que se suponen gratuitos a cambio de explotar la información personal. Para Meta fue el equivalente a una amenaza de muerte. No olvidemos que la empresa de Zuckerberg se enriqueció de manera inverosímil por "poner anuncios". Se estima que Apple perdió en 2022 alrededor de 10 mil millones de dólares por esa decisión.

Por su parte, Meta buscará la forma de seguir "ofreciendo beneficios para los usuarios y comercios con anuncios personalizados en las plataformas de Meta". Sin embargo, la Unión Europea le impuso recientemente una serie de restricciones y multas por su uso indiscriminado y sin consentimiento de la información personal, a fin de venderla a sus anunciantes. No es ésta la primera acción contra las incontables violaciones a la privacidad que se cometen cada día. De hecho, esta comisión ha impuesto numerosas multas a otras empresas, pero en esta ocasión se ataca en específico el espíritu y eje del "capitalismo de vigilancia".

Hasta ahora, el usuario de Facebook, Instagram o prácticamente cualquier plataforma acepta de hecho la publicidad personalizada cuando se suscribe al servicio, como indican los términos de éste (que nunca nadie lee). Pero el reglamento general de protección de datos, aprobado en 2018, señala que es ilegal vincular términos de servicio con anuncios dirigidos.

Internet, tal como lo conocemos y como lo soñamos, es decir, un bien común accesible a todos, un recurso público compartido y democrático, se encuentra moribundo. En sus horas de agonía somos testigos de un sórdido espectáculo: criptomonedas que cada día parecen más dinero de mentiras, oligarcas digitales fatuos e inteligencias artificiales insertadas en todos los dominios del quehacer, que podrán borrar sectores laborales por completo. La ilusión de un futuro computarizado se acerca a un feudalismo sin mano de obra, una ecología masturbatoria y nihilista, un sistema cerrado, opaco y voraz, instruido por algoritmos despóticos y ambiciosos que recuerdan la hipótesis de imaginar una inteligencia artificial programada para realizar una tarea en apariencia irrelevante, como fabricar clips sujetapapeles y, al hacerlo con tal determinación y eficiencia obsesiva, terminara destruyendo el mundo al utilizar todas las moléculas existentes para fabricar clips.

Notas

[1] Tiziana Terranova, *After the Internet. Digital Networks Between Capitalism and the Common*, Semiotext(e), California, 2022.
[2] *Ibid.*, p. 9.
[3] https://www.statista.com/statistics/617136/digital-population-worldwide/
[4] Cory Doctorow, *Tiktok's Enshittification*, 21 de enero, 2023, https://pluralistic.net/2023/01/21/potemkin-ai/#hey-guys
[5] https://bit.ly/3LYBptX
[6] Terranova, *op. cit.*, pp. 64-65.

En las tres décadas del régimen de Stalin, sus adeptos alrededor del mundo acataron el liderazgo, a menudo sin cuestionar el encarcelamiento, la tortura y el asesinato de —literalmente— millones de seres humanos. Atrapados bajo la lógica criminal de su poder y la utopía del hombre nuevo *que entrañaba el socialismo soviético, los* enemigos *padecieron una persecución despiadada, que alcanzó a un convencido militante mexicano. En estas páginas, José Woldenberg sigue la ruta y propone publicar una investigación completa de esa historia.*

Evelio Vadillo

EN LOS ENGRANES DEL ESTADO TOTALITARIO

JOSÉ WOLDENBERG

El 16 de marzo pasado, al llegar a mi lugar de trabajo, el Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, encontré en la *charola* de correspondencia un libro con una nota. Decía:

> Espero, y es mi mayor deseo, que este libro sea de su interés. Se trata de un testimonio real, de la vida cotidiana, de carne y hueso, de un comunista mexicano preso veinte años en las cárceles —gulag— stalinistas. Saludos cordiales.
>
> Enrique Montes García.

Ni había un correo ni un teléfono para al menos agradecerle al autor su amable obsequio.

Yo sabía del "caso Vadillo" porque en el PSUM, durante los años ochenta, se hablaba de él: un militante del Partido Comunista que fue a la Unión Soviética a estudiar y, acusado de trotskista, pasó interminables años en las prisiones de aquel país. Luego leí y escuché de Álvaro Ruiz Abreu parte de esa historia, leí también el cuento de Héctor Aguilar Camín ("El camarada Vadillo") que publicó *Nexos* en 1990 y las notas que un lector envió a la revista para completar información sobre el caso.

El libro de Montes García es la reconstrucción más precisa y fundada de esa historia. No sólo recupera una rica y pertinente hemerografía, sino que su inmersión en el Archivo Histórico Genaro Estada de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en el de la Dirección Federal de Seguridad de la Secretaría de Gobernación (Archivo General de la Nación) e incluso en el Archivo Escolar de la UNAM, logra documentar los pasajes de aquella terrible biografía.

Reconstruye la historia de Evelio Vadillo Martínez de manera panorámica: nace en Ciudad del Carmen, Campeche, el 11 de mayo de 1904. Emigra a la Ciudad de México para estudiar abogacía y en la capital se convierte en secretario de Manuel Antonio Romero. Ambos se suman a la rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta en 1923; Romero llega a comandante militar y gobernador de Tabasco entre enero y junio de 1924. Cuando el levantamiento militar es derrotado, éste y Vadillo se exilian en Cuba, donde entran en contacto con las agrupaciones comunistas y de manera especial con Julio Antonio Mella.

Regresan a México en 1927, gracias a una amnistía decretada por el presidente Calles.

> "ES UNA HISTORIA DE TERROR. UN APARATO TOTALITARIO CASTIGA A VADILLO SIN CLEMENCIA... UN HOMBRE *DESAPARECIDO*".

Vadillo se inscribe en la Facultad de Derecho de la Universidad. Ingresa al Partido Comunista y en 1930 ya es secretario general del Socorro Rojo Internacional, sección mexicana, y miembro del comité central del Partido. En varias ocasiones es encarcelado por sus actividades políticas y una vez, incluso, en el penal de las Islas Marías. El 7 de noviembre de 1931, en el 14 aniversario de la Revolución Bolchevique, encabeza un pequeño comando de tres personas que toman las instalaciones de la XEW para enviar un mensaje revolucionario. Se casa con Margarita Gutiérrez y tienen un hijo. Se convierte en un militante de tiempo completo, abandona su empleo como inspector camionero y en 1935 la dirección del Partido lo manda a Moscú.

LO QUE SIGUE es una historia de terror. Un aparato estatal totalitario que castiga a Vadillo sin clemencia. Una embajada de México en la Unión Soviética que jamás suelta el caso, pero topa invariablemente con pared. Un hombre *desaparecido* por veinte años en cárceles y en campos de concentración.

Fuente > commons.wikimedia.org

Evelio Vadillo (1904-1958).

El relato devela y documenta esa pesadilla extrema, que arranca el 19 de junio de 1947, cuando un hombre toca a la puerta de la embajada de México en Moscú y pide audiencia con el embajador (Luciano Joublanc Rivas). Afirma ser Evelio Vadillo, viste como campesino, se encuentra en mal estado, solicita asilo y repatriación. El embajador instruye al secretario Óscar Crespo de la Serna para atenderlo. Le realizan una larga entrevista y solicitan instrucciones a México. Es necesario confirmar que se trata de un connacional. El gobierno emprende sus pesquisas. Después de comunicaciones de ida y vuelta, Joublanc Rivas informa que dada la difícil situación por la que pasa Vadillo "y peligro cualquier momento pueda volver tener dificultades con autoridades, ruego a usted autorización expedirle pasaporte y gestionar visas necesarias su regreso país, rogándole mientras fondos necesarios" (se trata de telegramas).

Se pide un informe a Gobernación, que presenta una semblanza muy completa de Vadillo, además de solicitar otro informe a Manuel Antonio Romero (que el volumen reproduce en un anexo). No hay duda de su identidad y la embajada le otorga refugio. Lo aloja en "una modesta habitación en el sótano". Le proporciona "comida, ropa y dinero". Se producen no pocos roces entre el asilado y el embajador (documentados), en espera de que el primero reciba la visa de salida. La burocracia soviética, que incluye al ministro Molotov, da largas al asunto. La embajada insiste, incluso realiza gestiones ante Alejandra Kollontay, en algún momento embajadora de la Unión Soviética en México, y aunque ella es empática con la causa, tampoco logra obtener la visa. La Secretaría de Relaciones ordena al embajador ofrecer protección a Vadillo y seguir con los trámites para lograr su salida, pero finalmente Moscú niega el salvoconducto. "De acuerdo a las reglas existentes URSS, interesado debe presentar solicitud visa salida en lugar residencia, es decir, Suchinski Kazajstán" (sitio desde donde Vadillo había escapado para llegar a Moscú).

EL LABERINTO CONSTRUIDO por las normas soviéticas conforma una situación inverosímil y delicada. Si regresa, Vadillo seguramente será

de nuevo aprehendido. Su permanencia en la embajada puede seguir sin término. La embajada y la Secretaría intercambian telegramas. Por fin se decide que una persona del cuerpo diplomático lo acompañe a Kazajstán, pero los soviéticos niegan esa posibilidad. Vadillo regresa solo para iniciar los trámites de su salida. Y el asunto vuelve a atorarse. ¿Por qué esa cerrazón? ¿Por qué se niegan a liberarlo? Quizá la respuesta se encuentre en un informe que el embajador Joublanc Rivas envió a la Secretaría de Relaciones Exteriores. Hay que subrayar el *quizá*. Apunta que el prisionero

> ... conoce demasiado lo que es el Partido Comunista Soviético y los métodos que emplea en el extranjero, para que este gobierno considere que sería inofensivo al salir de la URSS. Vadillo, en su primera época aquí, gozó de la confianza plena de los comunistas rusos, hizo estudios de propaganda, sabotaje, provocación, dirección de huelgas, organización de motines y tumultos... Conoce, pues, todo el mecanismo secreto de esta formidable maquinaria. Sabe cómo se administra desde aquí, cómo van los fondos a los diferentes países, cómo se obtienen pasaportes falsos... Conoce también a fondo los horrores de las cárceles soviéticas, la incomunicación que en su caso personal fue de tres años, la intimidación a los acusados, las sentencias sin juicio... y finalmente el destierro a Siberia. Vadillo, al caer en manos de un hábil editor norteamericano, podría ganar millones de dólares con que simple y sencillamente relatase sus experiencias aquí...

De este modo, según la hipótesis del embajador, no lo dejan salir porque sabe demasiado.

Vadillo apremia a la embajada para que lo socorran. Ésta continúa con sus gestiones, pero las autoridades de Kazajstán niegan la visa. El embajador, incluso, les propone a sus superiores que le autoricen sacarlo por "otros medios", asumiendo él toda la responsabilidad en caso de que el intento fracase. Pero la Secretaría no se lo permite. El asunto llega hasta la oficina del presidente Miguel Alemán, a quien le sugieren que, en el extremo, México podría retirar a su representante en Moscú si no se le permitía salir a Vadillo, pero el presidente sólo autorizó dirigir una nota al embajador soviético. Mientras tanto, al parecer por una riña de borrachos en Alma Ata, ciudad de Kazajstán, Vadillo es condenado a otros dos años de prisión y a partir de ahí se pierde su rastro. En el colmo de la arbitrariedad, el gobierno ruso se niega a informar en qué cárcel se encuentra recluido.

FLASHBACK: LA PRIMERA PRISIÓN de Vadillo se produjo en 1936, un año después de su llegada. Son los años de los Juicios de Moscú, en que Stalin descabezó a la vieja guardia bolchevique y asesinó o transfirió a los campos de

Foto > A. Savin / commons.wikimedia.org

La prisión de Vladimir en 2019.

concentración de Siberia a miles de enemigos reales y ficticios del régimen. En ese ambiente, Vadillo solicitó regresar a México, pero le dieron largas. Una versión es que un día aparecieron pintas en los baños con *vivas* a Trotsky; se culpó de ello al mexicano. Lo condenaron a cinco años en un campo de concentración y cinco de relegación en Alma Ata. Una década más tarde, en 1947, como ya se apuntó, reaparece a las puertas de la embajada de nuestro país en Moscú.

Sus familiares y amigos desde México continuaron insistiendo. Diferentes embajadores y encargados de negocios mexicanos en Moscú dieron seguimiento al caso (como Germán Rennow, Ricardo Almanza Gordoa, Alfonso Rosenzweig-Díaz), mientras sus *compañeros* de partido jamás dieron color. Un episodio significativo es el de una mujer que, en 1950, acudió a la embajada de México en Polonia para informar que Vadillo se encontraba en Suchinski, en la República de Kazajstán, muy cerca de Siberia, y que se presentaba a nombre de él para pedir auxilio. Eso lo supo la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero las autoridades rusas no ofrecieron información al respecto. Mientras, en un nuevo proceso, lo acusaron de espiar en favor del gobierno mexicano, y en un juicio sin abogado ni garantías lo condenaron de nuevo, esta vez a veinte años de cárcel. Un hombre al que tritura la inmensa maquinaria represiva de un Estado totalitario.

La muerte de Stalin, en 1953, abre una esperanza. Inicia la excarcelación de miles de perseguidos políticos, la *rehabilitación* de personajes acosados. La embajada de México insiste en sus solicitudes ante las autoridades soviéticas. El ingeniero austriaco Franz Hawlik acude a la embajada de nuestro país en Viena, en septiembre de 1955, para informar el sitio exacto donde se encontraba Vadillo, la cárcel donde se conocieron.

"LO ACUSARON DE ESPIAR EN FAVOR DEL GOBIERNO MEXICANO, Y EN UN JUICIO SIN ABOGADO LO CONDENARON DE NUEVO, ESTA VEZ A VEINTE AÑOS DE CÁRCEL".

No estaba en Kazajstán. Desde 1950 fue trasladado a la prisión de Vladimir, cerca de Moscú.

HABÍA CUMPLIDO SIETE AÑOS de su nueva sentencia, le faltaban 13, cuando un buen día se presentaron dos individuos que le ofrecieron "repetidas disculpas, atribuyendo todo lo sucedido a la Banda de Beria". Lo condujeron a "los mejores establecimientos comerciales" para que se comprara ropa (que ellos pagaron), lo llevaron a Moscú y lo instalaron en un "bonito chalet". Pudo entonces comer y descansar. Era el preámbulo para entregarlo en la embajada de México. Antes de tomar el avión, los mismos "caballeros" que lo escoltaron al salir de prisión le entregaron "una botella de vodka, una lata de caviar y una cámara fotográfica Kiev", con disculpas reiteradas.

Llegó a México el 16 de octubre de 1955. Había dejado el país con 31 años, volvía con 51. Algunos periódicos dieron la noticia y un mes después ofreció una conferencia de prensa. *Excélsior*, *El Universal*, *ABC* y *Últimas Noticias* destacaron lo dicho por Vadillo. Pero de acuerdo con *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista, él estuvo detenido en la URSS "porque formaba parte de un centro de conspiración trotskista".

Encontró empleo en el Instituto Mexicano del Seguro Social. Según el periódico *ABC*, rechazó una proposición "de 25 mil pesos y mil dólares de adelanto... de una famosa revista norteamericana (*Life*)... para que escribiera sus memorias". No se reencontró con su exesposa, aunque buscó a su hijo. Cursó el último año de Derecho en Ciudad Universitaria y, a punto de presentar su examen profesional, murió de un infarto el 7 u 8 de abril de 1958. Algunos especularon que fue envenenado por los soviéticos. Está sepultado en el panteón Jardín; escribe Enrique Montes García que un trabajador de limpieza del cementerio le comentó que nadie visita su tumba.

Releo mi nota y me doy cuenta de que es un resumen apretado y que pierde mucho de la riqueza que tiene el libro. Vadillo se dirigió a la tierra de la gran promesa (algunos testimonios afirman que contra su voluntad y por mandato del Partido), donde se forjaba un futuro luminoso, una esperanza que compartían millones en el mundo. Él era un comunista convencido, dedicado, noble. Se topó, sin embargo, con una sociedad a la que se le habían conculcado todas las libertades en nombre de una causa vaporosa; lo atrapó un aparato estatal policiaco al servicio de un dictador que supuestamente encarnaba la voluntad del proletariado, en una maquinaria de terror.

Sirva esta nota para agradecer a Enrique Montes García su incisiva investigación y su iluminador libro. Ojalá sirva también para que alguna editorial se interese y lo publique. Hoy es una edición de autor que imprimió sólo cien ejemplares. EC

Enrique Montes García, *Veinte años en el Gulag. El caso de Vadillo (1935-1955)*, edición de autor, Ciudad de México, 2022.

Para muchos se trata del filósofo de la era contemporánea, *autor de títulos como* La era del vacío, El imperio de lo efímero *y* De la ligereza. *Ahora Editorial Anagrama reedita* La sociedad de la decepción, *donde Gilles Lipovetsky platica con Bertrand Richard sobre las frustraciones de la cultura global que privilegia lo inmediato y nos empuja a desear más de lo que está a nuestro alcance. El resultado es un estado de insatisfacción que no encuentra sosiego. Presentamos un adelanto del volumen, que pronto llegará a librerías.*

LA SOCIEDAD DE LA DECEPCIÓN

GILLES LIPOVETSKY

Entrevista con Bertrand Richard

Gilles Lipovetsky, a juzgar por la acogida de sus obras y a pesar del título de la primera, La era del vacío, *parece que lo que domina en usted es el optimismo. Incluso se le ha reprochado que no se interese por los problemas de la vida social actual. Sin embargo, en sus dos últimos libros,* Los tiempos hipermodernos *y* La felicidad paradójica, *hay un pesimismo latente, como si le inquietase por dónde va el mundo. ¿Qué piensa usted?*

Quizá sea útil recordar el contexto intelectual en que escribí *La era del vacío*. A fines de los años setenta y principios de los ochenta, el marxismo estaba en el centro de la palestra intelectual. Los problemas de la "falsa conciencia", la alienación y la manipulación estaban a la orden del día. Siguiendo a otros investigadores o coincidiendo con ellos (Louis Dumont, Claude Lefort, François Furet, Marcel Gauchet, Luc Ferry, Alain Renaut), estas recetas me resultaban cada vez más inútiles para comprender el funcionamiento de las sociedades desarrolladas. La relectura de Tocqueville desempeñó aquí un papel crucial, puesto que permitía analizar la sociedad democrática e individualista como algo más que un epifenómeno sin consistencia o la expresión pura de la economía capitalista. Así, siguiendo este camino, me dediqué a descifrar la nueva configuración de las sociedades democráticas, transformadas en profundidad por lo que llamé "segunda revolución democrática".

Eso iba contra los análisis de Foucault, pero también contra los de los situacionistas, que insistían en la programación tentacular de los cuerpos y las almas.

Totalmente. Allí donde estos autores y muchos otros denunciaban, bajo las imposturas de la democracia liberal, el control totalitario de la existencia, yo destacaba el nuevo lugar del individuo-agente, la fuerza autonomizadora subjetiva impulsada por la segunda modernidad, la del consumo, el ocio, el bienestar de masas. Ya no era apropiado interpretar nuestra sociedad como una máquina de disciplina, de control y de condicionamiento generalizado, mientras la vida privada y pública parecía más libre, más abierta, más estructurada por las opciones y juicios individuales. Contra las escuelas de la sospecha, quise destacar el proceso de liberación del individuo, en relación con las imposiciones colectivas, que se concretaba en la liberación sexual, la emancipación de las costumbres, la ruptura del compromiso ideológico, la vida "a la carta". El hedonismo de la sociedad de consumo había sacudido los cimientos del orden autoritario, disciplinario y moralista: *La era del vacío* proponía un esquema interpretativo de esta "corriente de aire fresco", de esta "descrispación" —término giscardiano—, que se observaba en las formas de vida, en la educación, en los papeles sexuales, en la relación con la política. De ahí la impresión de optimismo que produjo este primer libro, y los que le siguieron.

En otras palabras, por oponerse a las escuelas de la sospecha sus lectores pensaron que era usted optimista; algunos dijeron que un defensor demasiado ingenuo de la modernidad.

Sí. El optimismo que se me atribuyó procedía de análisis que rechazaban las cantilenas de la alienación y el control programado de la vida por el capitalismo burocrático.

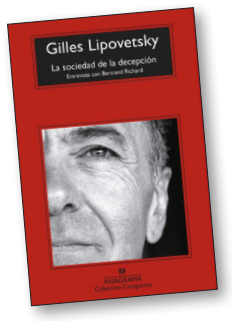
¿Fue una impresión falsa?

No, en absoluto. Pero a los lectores un poco atentos no se les escapó que la revolución individual-narcisista no era un fenómeno totalmente positivo. Si el optimismo a propósito de la aventura democrática de la libertad era real, no lo era tanto en relación con la felicidad de los individuos: basta leer las últimas páginas de *El imperio de lo efímero* para convencerse. Yo me he negado siempre a la denuncia apocalíptica, es demasiado fácil. Lo que sean las sociedades democráticas actuales no justifica, desde mi punto de vista, la demonización de que son objeto. Yo quiero teorizar una realidad plural, polidimensional, por lo demás raramente vivida, por ejemplo por sus detractores profesionales, como un infierno absoluto. Nuestro universo social nos da derecho a ser a la vez optimistas y pesimistas. No hay contradicción: todo depende de la esfera de la realidad de que se hable.

"TENEMOS EL AIRE DE LA ÉPOCA, CARACTERIZADO POR LA MUNDIALIZACIÓN Y LA IDEOLOGÍA DE LA SALUD; ESTÁ CADA VEZ MÁS CARGADO DE INCERTIDUMBRE E INSEGURIDAD".

Así pues, el cambio de acento que señaló usted al principio de la entrevista es real. Se explica por dos series de fenómenos. En primer lugar, el entusiasmo liberacionista se ha esfumado: la emancipación de los individuos, ya conquistada, no hace soñar a nadie. Luego tenemos el aire de la época, caracterizado por la mundialización y la ideología de la salud; es menos ligero y está cada vez más cargado de incertidumbre e inseguridad.

El hedonismo ha perdido su estilo triunfal: de un clima progresista hemos pasado a una atmósfera de ansiedad. Se tenía la sensación de que la existencia se aligeraba: ahora todo vuelve a crisparse y a endurecerse. Tal es la "felicidad paradójica": la sociedad del entretenimiento y el bienestar convive con la intensificación de la dificultad de vivir y del malestar subjetivo. Conviene recordar que yo no escribo libros de filosofía pura: yo sólo quiero explicar las lógicas que orquestan las transformaciones del presente social e histórico desde una perspectiva a largo plazo. No hay ninguna cultura individualista que sea inmutable, ninguna socioantropología democrática sin problemas ni etapas históricas. La época ha cambiado y mis libros acusan este cambio.



Pero ¿se trata sólo de "felicidad paradójica"? ¿No estamos de peor humor?

¿No sentimos una especie de decepción permanente en este mundo monopolizado por el hedonismo del Homo festivus, *descrito por el llorado Philippe Muray?*
Con el tema de la decepción pone usted el dedo en una profunda llaga de la vida en las sociedades actuales. Aprovechando la ocasión, me gustaría repasar y explorar con usted este "continente" de nuestro tiempo, tan importante como insuficientemente analizado.

Naturalmente, como muchos otros sentimientos, la decepción es una experiencia universal. Como ser deseante cuya esencia es negar lo que es —Sartre decía que el hombre no es lo que es y es lo que no es—, el hombre es un ser que espera y, por lo mismo, acaba conociendo la decepción. Deseo y decepción van juntos, y pocas veces se salva la distancia que hay entre la espera y lo real, entre el principio del placer y el principio de realidad. Pero aunque la decepción forma parte de la condición humana, es preciso observar que la civilización moderna, individualista y democrática, le ha dado un peso y un relieve excepcionales, un área psicológica y social sin precedentes históricos.

Los filósofos pesimistas de los dos últimos siglos (Schopenhauer, Cioran) niegan la posibilidad de la felicidad, ya que el deseo y la existencia sólo pueden conducir a una decepción infinita. De Balzac a Stendhal, de Musset a Maupassant, de Flaubert a Céline, de Chéjov a Proust, los temas del tedio, el resentimiento, la frustración, la vida malograda, las "ilusiones perdidas", los sinsabores de la existencia recorren la literatura moderna. ¿En qué otra época habría podido escribirse aquella frase inmortal de Mallarmé: "La carne es triste, ay, y ya he leído todos los libros"? Pero aún hay más: todo indica, incluso más allá del espejo de la literatura, que la edad moderna ha contribuido a precipitar las desilusiones de las clases medias, a multiplicar el número de descontentos y amargados por una realidad que no puede coincidir con los ideales democráticos. Se ha salvado otra etapa suplementaria, ya ningún grupo social está a salvo de la catarata de decepciones.

Mientras que las sociedades tradicionales, que enmarcaban estrictamente los deseos y las aspiraciones, consiguieron limitar el alcance de la decepción, las sociedades hipermodernas aparecen como sociedades de *inflación decepcionante*. Cuando se promete la felicidad a todos y se anuncian placeres en cada esquina, la vida cotidiana es una dura prueba. Más aún cuando la "calidad de vida" en todos los ámbitos (pareja, sexualidad, alimentación, hábitat, entorno, ocio, etcétera) es hoy el nuevo horizonte de espera de los individuos. ¿Cómo escapar a la escalada de la decepción en el momento del "cero defectos" generalizado? Cuanto más aumentan las exigencias de mayor bienestar y una vida mejor, más se ensanchan las arterias de la frustración.

Los valores hedonistas, la superoferta, los ideales psicológicos, los ríos de información, todo esto ha dado lugar a un individuo más reflexivo, más exigente, pero también más propenso a sufrir decepciones. Después de las "culturas de la vergüenza" y de las "culturas de la culpa", como las que analizó Ruth Benedict, henos ahora en las culturas de la ansiedad, la frustración y el desengaño. La sociedad hipermoderna se caracteriza por la multiplicación y alta frecuencia de las decepciones, tanto en el aspecto público como en el privado. Tan cierto es que nuestra época se empeña en fotografiar sistemáticamente el estado de nuestros chascos mediante multitud de sondeos de opinión. El crecimiento del dominio de la decepción es contemporáneo de la medición estadística del humor de los individuos, de la cuantificación regular del optimismo y el desánimo de los empresarios y los ciudadanos, de los asalariados y los consumidores.

Foto > Rodrigo Fernández / commons.wikimedia.org
Gilles Lipovetsky (1944).

Según eso, ¿no será la sociedad de la decepción la cabeza de puente del desencanto moderno del mundo?
Efectivamente. El otro gran fenómeno en el que se basa el concepto de civilización decepcionante es la desregulación y el debilitamiento de los dispositivos de la socialización religiosa en las sociedades hiperindividualistas. Es sabido que la religión no ha impedido jamás las angustias de la amargura, pero nadie negará que, en su momento de preponderancia, consiguió crear un refugio, un puerto de acogida, un sostén sólido para las penalidades de la existencia. Aunque la fe en Dios no desaparezca, todo indica que la religión ya no tiene la misma capacidad consoladora. Sólo el 18 por ciento de los franceses cree "totalmente" en el cielo y el 29 por ciento, en la vida eterna; sólo dice rezar habitualmente el 20 por ciento; la costumbre de rezar habitualmente en la franja de los 18-24 años ha bajado al 10 por ciento. Ante la decepción los individuos no disponen ya de hábitos religiosos ni de creencias "llaves en mano" capaces de aliviar sus dolores y resentimientos.

"PARA COMBATIR LA DECEPCIÓN, LAS SOCIEDADES TRADICIONALES TENÍAN EL CONSUELO RELIGIOSO; LAS HIPERMODERNAS UTILIZAN LA INCITACIÓN A CONSUMIR".

Hoy cada cual ha de buscar su propia tabla de salvación, con decrecientes ayudas y consuelos por parte de la relación con lo sagrado. La sociedad hipermoderna es la que multiplica las ocasiones de experimentar decepción sin ofrecer ya dispositivos "institucionalizados" para remediarlo. Pero evitemos un malentendido: con la idea de sociedad de la decepción no estoy sugiriendo una época de desmoralización infinita. Aunque abundan las frustraciones, tampoco faltan razones para esperar.

La desagradable experiencia de la desilusión se difunde sobre el telón de fondo de una cultura desbordante de proyectos y placeres cotidianos. Cuanto más se multiplican las vivencias decepcionantes, más numerosas son las invitaciones a no quedarse quietos y las ocasiones de distraerse y gozar. Para combatir la decepción, las sociedades tradicionales tenían el consuelo religioso; las sociedades hipermodernas utilizan de cortafuegos la incitación incesante a consumir, a gozar, a cambiar. Tras las "técnicas" reguladas colectivamente por el mundo de la religión han llegado las "medicaciones" diversificadas y desreguladas del universo individualista en régimen de autoservicio. [...]

En las sociedades antiguas, los individuos vivían en armonía con su condición social y no deseaban más que lo que podían esperar legítimamente: en consecuencia, las decepciones y las insatisfacciones no pasaban de cierto umbral. Muy distintas son las sociedades modernas, en las que los individuos ya no saben qué es posible y qué no, qué aspiraciones son legítimas y cuáles excesivas: "soñamos con lo imposible". Al no estar ya sujetos por normas sociales estrictas, los apetitos se disparan, los individuos ya no están dispuestos a resignarse como antes y ya no se contentan con su suerte. Todos quieren superar la situación en que se encuentran, conocer goces y sensaciones renovadas. Al buscar la felicidad cada vez más lejos, al exigir siempre más, el individuo queda indefenso ante las amarguras del presente y ante los sueños incumplidos.

AL MARGEN

Por
VEKA DUNCAN
@VekaDuncan

LA CHICA DEL ARETE DE VIDRIO

Con una mirada cautivadora nos ve a los ojos. No nos desafía pues en realidad apenas nos mira, volteando hacia nosotros y mostrándonos sólo tres cuartos de su rostro. Usa un turbante que le brinda un aire exótico, pero lo que más llama la atención es el brillo de su arete, que resplandece contra el fondo negro que la rodea. Es este accesorio lo que durante muchos años la ha bautizado, a falta de datos biográficos concretos que permitan a los historiadores nombrarla; es *la chica del arete de perla*. Todos la conocemos con este nombre y la suya es una de las caras más famosas del mundo, sin embargo, a partir de una nueva exposición de Johannes Vermeer, autor de este aclamado retrato, nuevas investigaciones han puesto en duda la pertinencia del título que ostenta al día de hoy.

EN FEBRERO DE ESTE AÑO, el Rijksmuseum de Ámsterdam anunció con bombo y platillo la inauguración de una nueva exposición retrospectiva de Vermeer, uno de los artistas más reconocidos de los Países Bajos y, sin duda, de los mayores exponentes del barroco neerlandés. La noticia causó expectativa y emoción en el ámbito artístico global, pues no se trata de cualquier muestra, sino de un hito verdaderamente excepcional: reúne 28 obras, convirtiéndola en la exposición más amplia del pintor de Delft jamás montada. Es decir, nunca tantos cuadros de Vermeer se habían visto juntos. Este logro, desde luego, ha generado un nuevo interés en su trabajo —de por sí ampliamente difundido y estudiado—, lo cual ha hecho que los especialistas profundicen y cuestionen todo lo que hasta ahora habíamos dado por establecido sobre la obra del gran maestro de la luz.

Los nuevos estudios y hallazgos en el marco de la magna exposición se enfocan, como es de esperarse, en sus obras más destacadas, entre las que se encuentra la llamada *La chica de la perla* o *La chica del arete de perla*. Pintada alrededor del año 1665, es al día de hoy una de las obras de arte más famosas de la historia. Para muestra, se encuentra entre las seis piezas más vistas en la plataforma Google Arts & Culture, con un promedio de 1.5 millones de visitas al año —cifra sólo superada por la *Mona Lisa*, de Da Vinci, la *Capilla Sixtina*, de Miguel Ángel y *La noche estrellada*, de Van Gogh. Su fama actual se debe en gran medida a la novela escrita por Tracy Chevalier y llevada a la pantalla grande en 2003 con Scarlett Johansson como la anónima modelo de Vermeer. A pesar de contar con reconocimiento mundial, todavía hay muchos misterios alrededor de ella.

Para empezar, no ha sido posible identificar a la retratada; mientras unos suponen que debió ser la hija mayor del artista, María, otros proponen que se trataba de alguna de sus sirvientas, quienes aparecen a menudo en su obra llevando a cabo labores domésticas cotidianas. La confianza e intimidad que refleja su rostro hace que en lo personal me decante más por la primera teoría, pero nada está escrito en piedra —aún. El otro gran misterio tiene que ver con su título y es ahí donde se ha enfocado la mirada de los curadores del Rijksmuseum.

DURANTE SIGLOS, *La chica del arete de perla* no sólo era una pintura prácticamente desconocida; tampoco se conocía a ciencia cierta a su autor. Pasó de mano en mano como la obra de un pintor anónimo e incluso en el siglo XIX se vendió por menos del valor actual de una libra esterlina. Finalmente, en 1903 llegó a la Galería Real de Pinturas Mauritshuis de La Haya, donde reside actualmente. Fue ahí donde, en 1995, se le bautizó con su título actual, después de décadas de ser conocida como *La chica del turbante*. Ahora uno de los curadores del Rijksmuseum, Pieter Roelofs, ha sacado a la luz las dudas que han circulado sobre la famosa perla que cuelga de su oreja: propone en el catálogo de la magna retrospectiva que se podría tratar de un arete de vidrio soplado, proveniente de Venecia.

Si bien se trata de un cuadro creado en lo que se conoce como la era dorada de la pintura neerlandesa, Vermeer no fue un pintor muy destacado en vida. En retrospectiva esto resulta muy difícil de creer: consideremos simplemente que a la fecha de publicación de este suplemento, los boletos para su exposición en el Rijksmuseum ya están agotados, a pesar de que la muestra se clausura hasta junio. Pero

Fuente > commons.wikimedia.org

Johannes Vermeer, *La chica de la perla*, óleo sobre lienzo, *ca.* 1665, Galería Real de Pinturas Mauritshuis.

en realidad Vermeer pasó la mayor parte de su carrera luchando por vivir de su trabajo. En otras palabras, si no era un pintor que gozara de mucho reconocimiento en su época, mucho menos logró posicionar a buen precio su obra y, por lo tanto, difícilmente pudo haberse costeado la compra de una perla de las dimensiones que se observan en su cuadro. En la documentación consultada por Roelofs se consigna que una perla probablemente más pequeña que la que se observa en el retrato se vendió en Londres por 500 libras en 1632; de acuerdo con *The Art Newspaper*, este monto equivaldría a cien mil libras actuales.

Para muchos podrá ser insignificante saber si Vermeer pudo o no comprar una perla tan grande para adornar a su modelo, finalmente ese rostro seguirá cautivando a sus espectadores sin importar de qué material estaba hecho el arete. Lo cierto es que no deja de ser fascinante encontrarnos con nuevos datos sobre obras que hemos visto una y otra vez, porque nos acercan un poco más al contexto de su producción.

Saber que el arete probablemente era de un vidrio hecho para asemejar una perla nos da a entender que hay un dejo de *aspiracionismo* en la afamada obra, por ponerlo en términos actuales. Esto podrá sonar a chiste, pero analizar las tendencias de la moda a través de estas pinturas nos permite comprender mejor las dinámicas sociales y económicas de aquel tiempo. En cuanto al propio Vermeer, nos recuerda que, a pesar de abarrotar hoy las salas de los museos, fue un pintor al margen, con una numerosa prole que mantener (tuvo quince hijos, aunque se asume que cuatro murieron en la infancia). Eso lo hace un poco más humano y trágico, un poco menos heroico. No sé ustedes, pero ésas son las historias que yo prefiero leer y por eso me quedo con el título *La chica del arete de vidrio*.

"LO CIERTO ES QUE NO DEJA DE SER FASCINANTE ENCONTRARNOS CON NUEVOS DATOS SOBRE OBRAS QUE HEMOS VISTO UNA Y OTRA VEZ".

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@Charfornication

FUMAR SAPO

CADA SEMANA ALGÚN COMPA me invita a una ceremonia de ayahuasca. Siempre me rehúso. Amo las drogas, pero el escenario no me resulta para nada atractivo: pasarme la noche entera con diarrea y vomitando junto a otras veinte personas. Por más que balbuceen que les ha cambiado la vida (para ellos no es una droga, es medicina) prefiero ahorrarme la iluminación.

Los promotores de la ayahuasca me resultan igual de molestos que los Testigos de Jehová o los vendedores de seguros. No importa cuántas veces les cierres la puerta en las narices, nunca se cansarán de insistir. Un prospecto a converso es demasiado suculento para dejarlo ir. No me extraña que muchos de ellos trabajen en los call center de Telcel. A veces me pregunto si Carlos Slim no estará detrás de este negociazo. La experiencia "mística" va de los dos mil a los cinco mil varos.

Una de las cosas negativas de ser un drogadicto reconocido (no me refiero al repudio de la sociedad, eso te honra) es que otros yonquis están tratando de medirse contigo todo el tiempo. De competir por la corona de quién es más atascado. Hubo tiempos en que aceptaba esos retos sin pensar. Ahora no, prefiero quedarme en mi casa a ver partidos de los Knicks de Nueva York de los años noventa en YouTube. Si me hubieran ofrecido ayahuasca hace diez años habría salido corriendo a probarla. Con el tiempo uno se desengaña. Ninguna planta tiene el poder de curar / sanar la psique del adicto.

Pero como la carne es *devil* y el maligno no descansa, no pude rechazar la invitación de otro compa a fumar sapo. Lo primero que me vino a la mente fue *Bufo & Spallanzani*, la novela de Rubem Fonseca en la que el protagonista, un detective, lame sapos de lomo psicotrópico para sesiones que lo ayuden a resolver sus casos. Ah, malditas drogas y su poder fabulador. Imposible no endiosarlas.

LLEGAS POR LA MAÑANA, me instruyó mi compa. Cuando haya terminado todo el performance. A esa hora empieza la ronda de sapo. Así lo hice. Y lo que vi fue un panorama desolador. Nunca he estado en la guerra, pero parecía uno de esos campamentos de heridos como los que vemos en las películas bélicas. Me confirmó que había acertado en mi reticencia. El evento era en una finca de un ejido a media hora de la ciudad. Era domingo, un gran día para empezarlo intoxicado. Qué podría salir mal. Me acompañaba mi compa el Chavo, que tiene

psyciencia.com

"EN VEZ DE METERME EN EL MOOD ME DISTRAJO POR COMPLETO. NO ME PUDE CONCENTRAR".

nula experiencia en drogas. Un cuarentón deseoso de sacarle a la realidad todo el jugo que no le exprimió en su juventud. Una sacerdotisa preparó una pipa de cristal con unos cristales de DMT, extraídos del cuero del sapo. Nos recostamos sobre un par de sleeping bags. Fumamos y la diversión comenzó. Pero no para mí. Se suponía que el efecto debería ser una experiencia transformadora. Pero no sentí el rush. Ni cosquillas, ni nada. Absolutamente nada. Ni pinche paz. El premio de consolación.

Observé al Chavo y el muy cabrón se estaba retorciendo de placer en el piso. A lo mejor no tragaste el humo, me dijo la sacerdotisa, aunque yo estaba seguro de haberlo hecho bien, y volvió a cargar la pipa. Fumé con toda la enjundia de la que fui capaz y me dejé caer hacia atrás. La sacerdotisa comenzó a tocar un pandero sobre mí y a cantar. Era como escuchar un disco de Jorge Reyes. Y en vez de meterme en el mood me distrajo por completo. No me pude concentrar. Me volví a levantar. Pero esta vez no hubo una tercera pasada. Perdí mi oportunidad de entrar en trance como el personaje de Fonseca.

Pagué y nos marchamos. En este caso fueron quinientos varos tirados a la basura. Pude jurar que me estafaron, de no ser porque de regreso el Chavo me estuvo contando que su debraye: parecía guion de película de Jodorowski. Hasta había conocido una de sus vidas pasadas.

Yo hervía de la envidia y mientras lo escuchaba urdí varias hipótesis de por qué a él le había funcionado y a mí no. Quizá he abusado tanto de las sustancias que ya no me pegan. Quizá necesito un détox. Dejar la carne roja y el alcohol. Comencé a recriminarme mientras el Chavo me veía con una sonrisa de satisfacción que parecía decir: aprende. Yo sí me sé drogar.

Y se supone que el experto era yo. Fracasé como drogadicto. Es de lo único que puedo presumir, y me abarataron. La culpa es mía por subirme al tren del mame del neo-new-age.

No vuelvo a confiar en los pinches jipis, me cae.

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA
@rogeliogarzap

JAZZ SABBATH

EN *I AM OZZY*, el cantante recuerda cómo forjaron amistad los integrantes de Black Sabbath y Yes cuando coincidieron en un estudio de grabación; se fumaron hasta las cortinas. De esa amistad resultó que Adam Wakeman, hijo del tecladista de Yes, Rick Wakeman, terminó tocando los teclados en Black Sabbath y la guitarra con el grupo de Ozzy desde 2004. Una noche de 2013, durante la gira del disco *13*, del cuarteto de Birmingham, Adam tuvo la idea de Jazz Sabbath cuando le pidieron que tocara algunas canciones en el piano del bar del hotel.

Cazando *mashups* de metal, como la joya "Electric Sex Machine" —entre James Brown y Judas Priest—, encontré varios de Black Sabbath. Justo ahí, YouTube me recomendó un concierto del trío Jazz Sabbath. Click y lo escuché dos veces sin encontrarle redondez a las versiones. Logré asimilarlo a la tercera vuelta, sólo entonces se me reveló la forma libre de las piezas. El trío lo integró Wakeman con el contrabajista Jerry Meehan y el baterista Ash Soan —aunque en vivo tocan Jack Tustin y Dylan Holmes—; han editado los sencillos "Black Sabbath" / "Iron Man" y los álbumes *Jazz Sabbath*, volúmenes *1* y *2*.

DESPOJAN LAS CANCIONES METALERAS de su poderío eléctrico, la actitud, los acordes del blues y las cuatro velocidades del metal, pero en cambio las dotan de una belleza jazzística que impacta con una fuerza sutil. El trío descubre una dimensión en la música de Black Sabbath,

discogs.com

"DESPOJAN LAS CANCIONES METALERAS DE SU PODERÍO, PERO LAS DOTAN DE UNA BELLEZA SUTIL".

una belleza subyacente que siempre ha estado ahí, bajo la forma y el sonido del heavy metal, liberada por el jazz como si fuera la princesa en el castillo custodiada por el dragón. Eso es posible gracias a que el jazz, el blues y el rock comparten la raíz negra.

No sucede lo mismo con las versiones sinfónicas basadas en el rock clásico: las orquestas suelen imitar sin compartir esa raíz. Supongo que por eso pueden sonar poco naturales y adaptadas con calzador. Salvo que esa obra haya sido concebida como rock sinfónico, entonces sí hay *match* con resultados extraordinarios tipo *Tommy*, de The Who, el *Concerto for Group and Orchestra*, de Deep Purple, o *Eldorado*, de Electric Light Orchestra. Además, Wakeman, quien ideó una ficción detrás de sus versiones, salió precisamente de la madre del heavy metal.

El género musical menos escuchado en México es el metal, con 1.02 por ciento; le sigue el jazz con 1.24 (INEGI, 2021), los segmentos minoritarios que sigue Jazz Sabbath. No es un *mashup*, como YouTube lo cataloga, ni una adaptación, pero sí extrae nuevas piezas de las originales. El diablo sabe seducir muy bien endulzando el oído.

FETICHES ORDINARIOS

Por
LUIGI AMARA
@leptoerizo

CELEBRAR LA QUESADILLA (SIN QUESO)

Delicia plegada en dos, prodigio del comal y del anafre, la quesadilla merecería un elogio así sea por todas las veces que nos salva. ¿Ya hace hambre? ¡Quesadillas! ¿Llegó un regimiento inesperado a casa? ¡Quesadillas! ¿El invitado no come carne? ¡Quesadillas! Pilar de los mercados, as bajo la manga en la cocina de la prisa, sofisticación amigable con forasteros y turistas, la quesadilla no será el platillo más célebre de la cocina mexicana, pero sí su bastión cotidiano, su piedra angular, su válvula de escape.

Fuente > cocinafacil.com.mx

Mi favorita es la de huitlacoche, ese doblez de oscuridad y brillo, excrecencia dormida y cobijada, bodas inmemoriales del hongo y el maíz, vianda de los dioses al alcance de la boca. Por enésima vez, en el puesto del mercado, asistí salivando a su preparación: el hongo se fríe en una cama de cebolla, chiles y epazote picados. Al mismo tiempo se preparan a mano las tortillas: azules, blancas, rojas o *decoradas* con hierbas. Se les vuelca con prodigalidad el guiso, se doblan y se dejan en el comal hasta que se cuezan. ¿Queso? A veces, ¿por qué no? Pero no es un requisito indispensable, como claman ciertos paladares tercos o puristas o sólo embotados.

La discusión acerca de las quesadillas sin queso dio un giro bizantino desde que dio la espalda a la práctica de los comales. Entonces se perdió en disquisiciones filológicas o históricas delirantes, muy lejos del firme suelo de pruebas y documentos; disputas no niego que también sabrosas, pero a fin de cuenta laterales. La etimología como una rama insospechada de la literatura fantástica llevó a la invención de *quetzaditzin* como supuesto origen nahua del vocablo, disparate desesperado para defender la raíz prehispánica de suculencia tan sencilla. Sergio Zepeda de Alba puso fin, diría que de manera tajante, a tanto entuerto y maroma de alto grado de dificultad cuando descubrió que la palabra se utilizaba en España antes de que Colón zarpara del puerto de Palos: "En 1490, dos años antes de la invención del Nuevo Mundo, Alfonso de Palencia escribe para su *Universal vocabulario en latín y en romance*: 'Artocrea es empanada de carne, como artotira es empanada de queso, que dezimos quesadilla'".

Permítanme un poco más de salsa verde para desmenuzar las implicaciones de tamaño hallazgo. La palabra *tortilla* es de origen latino y no por ello concluimos que esas membranas delgadas y redondas, "compuestas en un chiquihuite y cubiertas en un paño blanco", a decir de Bernardino de Sahagún, se hayan inventado en Castilla o Roma. Sin embargo, *tlaxcalli*, el vocablo en náhuatl para tortillas, se conserva, mientras que se desconoce el equivalente de *quesadillas*. ¿El simple recurso de doblar por la mitad ese pan de maíz (voz originaria de Haití) y terminar de cocinar en él algún relleno fue regalo de ultramar? Poco probable. En muchos recetarios de cocina "indígena y popular", que recogen platillos ancestrales con quelites y guajolotes, armadillos y escamoles, figuran exquisiteces que incluyen la elegancia del pliegue y alojan preparados variopintos, ya sea de flores o insectos, de hongos o de carne.

Éste es otro punto a destacar: se afirma con una mano en la cintura que la quesadilla sin queso es engendro de la Ciudad de México, pero en el *Recetario nahua de Morelos*, por ejemplo (saludos a Dante A. Saucedo que lo rescató de una inundación), hay quesadillas de hongos cazahuate y de ajolotes y ranas, desde luego sin una pizca de derivados lácteos. Los pleitos alrededor de *lo provinciano* y *lo capitalino* tienen la brújula averiada y hacen un embrollo con la línea del tiempo. Al igual que *El diccionario del español de México* y la tan vilipendiada RAE, el *Cocinero mexicano*, quizás el recetario más influyente del país, que data de hace casi doscientos años (1831), acepta sin tapujos la noción, para muchos aborrecible, de la quesadilla sin queso:

> Quesadillas de Chicharrón, de Sesos, etc. Con la masa sin cernir se forman tortillitas y después de echarles el medio de chicharrón molido, sal, hepasote [*sic*] picado y pedacitos de chile ancho o pasilla tostado, se doblan y fríen.

¿Entonces llamar *quesadillas* a esas piezas que prescinden de la intromisión de la leche cuajada es mera licencia poética, como sugiere Zepeda de Alba al citar el *Cocinero mexicano*? Es posible que estemos ante un caso de desplazamiento, pero también frente a un uso paradigmático o un ideal regulativo. Para explicarme, daré un breve rodeo por las diferencias entre quesadilla y taco, no exentas de dificultad y controversia.

En su texto ya clásico, "De la quesadilla al taco: un mito mexicano", Graciela Alcalá y Juan-Pedro Viqueira exploran un fenómeno llamativo alrededor de la división sexual del trabajo en la preparación de antojitos: ¿por qué son mujeres las que elaboran quesadillas y hombres los que se ocupan de los tacos? A través de un repaso de los tabúes relativos al contacto con la carne y de los mitos fundacionales sobre la transformación del maíz en alimento original en las culturas de América, observan que la mujer, al trabajar en el nixtamal, reproduce y se pone en contacto con el proceso sagrado y primigenio de la creación de vida. A fin de cuentas, fue después de varios intentos fallidos que también los dioses dieron cuerpo al ser humano a partir del maíz, mezclándolo con su propia sangre.

Esta aproximación antropológica arroja luz no sólo sobre el nombre de poblados como Tres Marías —escala quesadillera por excelencia—, sino también sobre la idea misma de una quesadilla sin queso. Cuando se prepara un taco, más allá de su forma cilíndrica que, de tan rebosante, rara vez se cumple, las tortillas ya están listas y lejos del comal. El taquero nunca manipula la masa y se limita a colocar preferentemente carne en la tortilla y su *copia*, para servirlo de inmediato, incluso sin enrollarlo. La quesadilla, en contraste, requiere que la tortilla y el relleno (si involucra carne, hablamos de un guiso: tinga, picadillo, chicharrón prensado, etcétera) se compenetren y terminen de cocerse o freírse juntos, durante un tiempo que en los recetarios y mercados ronda los cinco minutos. Un taco de queso fundido no alcanza la condición de quesadilla ni sabe a tal por ese simple motivo: le falta la integración decisiva, el cachondeo molecular, las nupcias de fuego entre la masa y el queso. Lo mismo podría decirse de casi cualquier relleno y de la harina de trigo.

La quesadilla se llama así no sólo por el antecedente de una empanada española muy parecida, sino porque la manera en que el queso se funde y se entrega al maíz es paradigmática de lo que ha de suceder al interior del doblez —con o sin queso—, hasta conseguir la alquimia secreta e incomparable de la quesadilla.

"UN TACO DE QUESO FUNDIDO NO ALCANZA LA CONDICIÓN DE QUESADILLA POR ESE MOTIVO: LE FALTA LA INTEGRACIÓN DECISIVA".